

8. Para conseguir misericordia

También en el capítulo 64 de la Regla, dedicado al igual que el 2 a la figura del abad, san Benito confirma la convicción de que quien debe o quiere acompañar a los demás en su camino de conversión, debe comenzar por sí mismo. Quien sabe que tiene necesidad de misericordia ayuda a los demás a pedirla y acogerla.

Esta es una constante en el método cristiano y benedictino de educar, de formar para la vida. Por ejemplo: ¿quién es el mejor formador? ¿Quién forma de verdad a los demás? En el fondo, no es tanto quien está bien formado, quien está bien instruido, sino quien se forma siempre, quien se instruye siempre. Porque la formación que cuenta para la vida no es tanto la que nos llena de contenidos, sino la que nos enseña a formarnos siempre, a permanecer siempre como discípulos, siempre como novicios para aprender cada día, para buscar cada día la verdad, para profundizar cada día más en la palabra de Dios, en la tradición eclesial y monástica, en el alcanzar cada vez más la fuente de la vida, de la verdad, de la belleza. Nuestros verdaderos formadores y educadores son aquellos que hemos visto y vemos siempre en formación, siempre discípulos, incluso cuando son ancianos, incluso cuando han realizado ya tantos estudios, incluso cuando han vivido tantas experiencias. Hay maestros y padres o madres que vemos siempre discípulos, que vemos siempre hijo o hija: ¿Cuál es su secreto? Esencialmente el deseo y la humildad, el deseo de la vida y de la verdad que se satisface en la humildad de pedir, de mendigar, de escuchar, de seguir, de no sentirse jamás que se ha llegado al final.

Por ejemplo, ¿quién ha sido y es para nosotros maestro de oración? Ciertamente no quien nos da lecciones, sino quien hemos visto o percibido en oración; quien hemos visto o percibido en una actitud de petición constante a Dios, de alabanza, de adoración. Y quien nos ha dado lecciones o enseñanzas sobre la oración, nos ha ayudado a orar en la medida en que su enseñanza era un testimonio, traducía una oración vivida. Cuando Jesús enseñó el Padre Nuestro, los discípulos han oído en estas palabras todo el corazón de Jesús, todo el deseo del Padre, el amor por el Padre, el abandono al Padre que Él vivía día y noche.

Así es como san Benito pide a quien tiene la autoridad en la comunidad que promueva la misericordia, que la ejerza. Es testigo de la misericordia aquel que siente que es el primero que la necesita.

El capítulo 64 de la Regla san Benito insiste aún más que en el capítulo 2 sobre este aspecto. Quizá durante este tiempo ha tenido experiencia de superiores de comunidad demasiado duros y autoritarios, demasiado preocupados por dar reglas y mandatos, y siente la necesidad de llamar la atención sobre una autoridad más profunda de aquella que solo busca la disciplina en la comunidad. San Benito sabe que no es fácil ejercer una responsabilidad en el amor más que en el temor, porque quien ama debe tener mucha paciencia, debe “sufrir” muchas inmadureces, muchas reacciones adolescentes, por parte de los hermanos y hermanas.

Así pues, san Benito llama al abad a cultivar hacia los hermanos la misericordia de la que él necesita. Le pide ser “casto, sobrio, misericordioso” (RB 64,9), recordándole

seguidamente que así es como se obtiene misericordia para uno mismo: “para que a él le traten la misma manera” (64,10; cfr. St 2,13). En el fondo, no hace otra cosa que recordarle la bienaventuranza de los misericordiosos: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7).

“Haga prevalecer siempre la misericordia sobre el juicio – *semper superexaltet misericordia iudicio*”. Esta expresión está tomada de la epístola de Santiago (2,13), pero si en Santiago el sujeto es la misericordia que prevalece sobre el juicio, en san Benito es el abad el sujeto que debe hacer prevalecer la misericordia sobre el juicio. La misericordia es un instrumento que Dios pone en las manos de nuestra libertad y somos nosotros los que debemos permitirle vencer, ser más importante que solo la justicia. Entonces, también Dios puede hacer prevalecer la misericordia en nuestros actos.

¿Cómo “súper-exaltamos” la misericordia? Como la exaltamos sobre otros juicios, otras actitudes, otros modos de mirar y tratar a nuestros hermanos y hermanas?

Los consejos que san Benito da al abad a continuación son esencialmente consejos de ternura, de atención más materna que paterna a la fragilidad de los hermanos: “Incluso, cuando tenga que corregir algo, proceda con prudencia y no sea extremoso en nada, no sea que, por querer raer demasiado la herrumbre, rompa la vasija” (RB 64,12). Y después san Benito añade todavía una llamada de atención a la necesidad que el mismo abad tiene de esta ternura, porque también él es frágil: “No pierda nunca de vista su propia fragilidad y recuerde que no debe quebrar la caña cascada” (64,13; cfr. Is 42,3; Mt 12,20).

Poco después, san Benito toma aún de la Sagrada Escritura una bella imagen de atención a la fragilidad humana: el abad, en sus decisiones y prescripciones, debe siempre utilizar discreción y moderación, “pensando en la discreción de Jacob cuando decía: ‘Si fatigo a mis rebaños sacándoles de su paso, morirán en un día’ ” (RB 64,18; Gén 33,13).

Ciertamente, el abad debe estar preocupado del camino que el rebaño debe hacer, que el rebaño progrese, que se convierta y se corrija, pero san Benito no quiere que el proyecto de progreso del superior, o de una parte de la comunidad, olvide a las ovejas que deben hacer este camino. La atención a las personas debe siempre prevalecer sobre el proyecto que se puede tener sobre uno mismo. Una mamá que quiere que su hijo se convierta en campeón de Fórmula Uno, debe sin embargo enseñarle primero a caminar...

San Benito, al igual que Dios en la Sagrada Escritura, nos enseña un buen método para ser sensibles a la fragilidad de los hermanos y hermanas y el modo adecuado de tratarla: el de ser sensibles a la propia fragilidad y no olvidarla, por tanto, a no esconderla, ante todo ante sí mismos. “No pierda nunca de vista su propia fragilidad y recuerde que no debe quebrar la caña cascada”. En latín, la Regla pide al abad que sea “*suspectus*” con respecto a los asuntos de la propia fragilidad, literalmente, que “mire bajo (*sub-spicere*)”. Es como si dijese que mirando la realidad, y sobre todo a los hermanos o hermanas, el abad debe siempre ver, bajo todo lo que aparece, su propia fragilidad. Es como si todo lo que el abad ve fuese una película que debe siempre mirar con los “subtítulos” de su fragilidad, de su miseria, por lo tanto, de su necesidad de misericordia.